

Faltan médicos, pero en la universidad no hay plazas

Desde hace años, la escasez de médicos es una de las enfermedades crónicas de España. Sin embargo, las facultades de Medicina son, proporcionalmente, las que menos plazas ofrecen cada año a los nuevos universitarios.

José M^º García-Hoz

Los dos grandes distritos universitarios españoles han publicado las notas requeridas en el bachillerato y la selectividad para empezar a cursar cualquier licenciatura. Las universidades de Cataluña y de Madrid coinciden en un baremo: para ingresar en cualquier Facultad de Medicina se necesita una nota mínima más alta que para acceder a cualquier otra Facultad o Escuela Técnica Superior.

La “carestía” de estudiar Medicina no se debe a que para ser médico hagan falta unas condiciones intelectuales, personales o éticas superiores a las requeridas para ser abogado o ingeniero de telecomunicaciones. La nota de corte tiene más que ver con la simple aritmética que con las dificultades curriculares, pues es, sencillamente, el resultado de dividir el número de estudiantes que quieren ingresar en la Facultad de Medicina con el número de plazas disponibles.

El problema en los papeles

A ojo de buen cubero, calculo que cada tres/cuatro semanas los diarios españoles reflejamos la acuciante necesidad de médicos que padece el sistema sanitario español: unas veces “los papeles” cuantifican el déficit de médicos, otras hablan de la homologación (en ocasiones precipitada y alegal) de médicos extranjeros, habitualmente latinoamericanos; tampoco faltan informaciones sobre el número de consultas que, cada hora, se ve obligado a despachar un médico de la sanidad pública. La escasez de facultativos hace que algo tan primario y elemental como la atención médica se convierta en un problema. Menos mal que la española es una sociedad avanzada del siglo XXI.

Sea cual sea la vara utilizada para medir, la conclusión es única: en España faltan muchos médicos y ésta no es una carencia repentina sino que se arrastra de muchos años. Constatar que la causa inmediata de ese desalentador déficit es la incapacidad de las universidades para admitir más estudiantes de medicina, produce una profunda decepción, seguida de una desconcertada melancolía: ¿Cómo es posible explicar que la oferta de plazas universitarias sea proporcionalmente menor precisamente en aquellas facultades donde se forman los profesionales más escasos?

Sin motivos para el optimismo

Desde la noche de los tiempos, cuando lo de Franco, la partida dedicada a Educación en los Presupuestos Generales del Estado, cada año aumentaba sistemáticamente por encima de la media. Por lo menos, eso aseguraron los sucesivos ministros de Hacienda. Sin tiempo para comprobarlo fehacientemente, pero aunque sólo fuera verdad la mitad, la conclusión es inmediata: se despilfarra y se está gestionando torpemente el dinero de los contribuyentes. Si la Universidad española, que cada vez cuenta con más recursos, presenta esa incapacidad tan lamentable de atender las necesidades de la sociedad que la mantiene, no es por falta de dinero, sino por la ausencia de una política educativa que utilice el sentido común para vincular los requerimientos del cuerpo social con la actividad universitaria.

Y la verdad es que no hay motivos para ser optimistas: si durante los últimos cincuenta años, durante los que la sociedad española ha registrado una histórica mejora económica y política, la distancia universidad-sociedad no ha hecho más que aumentar. ¿En virtud de qué nueva circunstancia, de qué nueva política, el problema puede empezar a arreglarse ahora? Hombre, hace unas pocas semanas, nuestro señor presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, aseguró que en 2020 “habría 20 universidades españolas entre las 200 mejores del mundo”. Seguro que el común de la gente preferiría aspiraciones más de andar por casa y más realistas: antes que Premios Nobel, formemos el número suficiente de buenos médicos.

jmgarciahoz@negocios.com

La gaceta.es